

Nadie es ilegal

*La lucha contra el racismo y la violencia de Estado
en la frontera entre México y Estados Unidos*

JUSTIN AKERS CHACÓN Y MIKE DAVIS

Fotografías de Julián Cardona
Traducción de Darío Zárate Figueroa y Grano de Sal



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE
CIUDAD JUÁREZ

GS[●]

Índice

| | |
|---|-----|
| Prefacio a la edición de 2018 <i>Trump y el fracaso de la reforma migratoria neoliberal</i> | 11 |
| Prefacio..... | 25 |
| Parte I “¿Qué es un vigilante?” <i>La violencia blanca en la historia de California</i> , por Mike Davis..... | 27 |
| Introducción..... | 29 |
| 1. <i>Pinkertons</i> , klansmen y vigilantes..... | 33 |
| 2. Salvajes blancos..... | 39 |
| 3. La amenaza amarilla..... | 45 |
| 4. “Aplasta al japo”..... | 51 |
| 5. Disturbios antifilipinos..... | 57 |
| 6. <i>IWW versus KKK</i> | 63 |
| 7. Dudosa batalla..... | 75 |
| 8. Gracias a los vigilantes..... | 83 |
| 9. Las guerras de los <i>zoot suit</i> | 95 |
| 10. Golpear a <i>UFW</i> | 101 |
| 11. ¿Los últimos vigilantes?..... | 107 |
| Parte II <i>México, atrapado en la red del imperio estadounidense</i> | 111 |
| Introducción..... | 113 |
| 12. La conquista preparó el escenario..... | 123 |
| 13. El neoliberalismo consume el “milagro mexicano”..... | 133 |
| 14. De las maquiladoras al <i>TLCAN</i> : sacar provecho de las fronteras..... | 139 |
| Parte III <i>Trabajadores mexicanos: la “otra” clase trabajadora estadounidense</i> | 149 |
| 15. Trabajadores mexicanos al rescate..... | 151 |
| 16. Trabajadores segregados: la lucha de clases en el campo..... | 157 |
| 17. El Programa Bracero: un sistema de castas del siglo <i>XX</i> | 165 |
| 18. Pobreza en el campo: el legado del Programa Bracero..... | 175 |
| 19. Los trabajadores migrantes aún construyen Estados Unidos..... | 181 |

| | |
|--|---------|
| Parte IV <i>La guerra contra los migrantes</i> | 199 |
| 20. La política migratoria como forma de controlar el trabajo | 201 |
| 21. La irrupción de raza y clase en las restricciones migratorias | 209 |
| 22. El surgimiento del trabajador mexicano “ilegal”: racismo y mano de obra mexicana | 219 |
| 23. Doble rasero migratorio | 225 |
| 24. Militarizar la frontera: sentencia de muerte para los trabajadores migrantes | 229 |
| 25. Inventar un enemigo invisible: el 11 de septiembre y la guerra contra los migrantes | 245 |
| 26. Los segregacionistas del trabajo están en ambos partidos | 257 |
| 27. La derecha toma las decisiones | 269 |
| 28. Terroristas en la frontera: los <i>minutemen</i> al acecho | 283 |
| Parte V <i>¡Queremos un mundo sin fronteras!</i> | 295 |
| 29. Los activistas por los derechos humanos se enfrentan a la extrema derecha | 297 |
| 30. Sindicatos y trabajadores migrantes | 303 |
| 31. Hacer que las fronteras sean historia | 315 |
| 32. Un nuevo movimiento por los derechos civiles | 327 |
| 33. La movilización masiva derrota a Sensenbrenner-King (HR 4437) .. | 335 |
| 34. Represión del Estado contra trabajadores migrantes | 341 |
| 35. El movimiento por los derechos de los migrantes va a las urnas | 353 |
| 36. El laboratorio de Arizona y la ley SB 1070 | 369 |
| 37. S. 744: la degeneración de la “reforma migratoria exhaustiva” | 379 |
| 38. Los derechos de los migrantes, en una encrucijada | 391 |
| Notas | 411 |

Parte I

*“¿Qué es un vigilante?”
La violencia blanca
en la historia de California*

MIKE DAVIS



FIGURA 1. Victoria Cintra (en el coche), coordinadora de la Mississippi Immigrants Rights Alliance [Alianza por los Derechos de los Inmigrantes en Mississippi] (MIRA) en la costa del Golfo de México, asesora a los trabajadores indocumentados en el hangar 216 del Naval Construction Battalion Center [Centro del Batallón de Construcción Naval] en Gulfport, Mississippi. Algunos de los 270 trabajadores contratados por una empresa privada, entre ellos 30 mujeres, acusaron al propietario de imponer un sistema inhumano por las condiciones de trabajo en la base naval de Nueva Orleans. Vivían en tiendas de campaña sin agua ni electricidad, la comida era escasa y eran forzados a trabajar en exceso y con mala paga. Fueron evacuados a Gulfport cuando el huracán Rita tocó tierra, en septiembre de 2005.

Introducción

Los dorados campos de California han sido irrigados muy a menudo con la sangre de quienes trabajan en ellos. Un caso bien conocido fue la gran huelga que se diseminó como un fuego sin control por todo el valle de San Joaquín en el otoño de 1933. En protesta por los salarios de hambre que les impedían alimentar a sus hijos, unas 12 mil personas, principalmente mexicanos recolectores de algodón, en actitud desafiante, abandonaron sus trabajos conducidos por la izquierdista Cannery and Agricultural Workers Industrial Union [Sindicato Industrial de Trabajadores Agrícolas y de las Conservas]. La manifestación masiva, desplazándose en caravanas de coches y camiones entre las diferentes granjas, rápidamente detuvo la cosecha en un área de casi 800 kilómetros cuadrados. Los patrones pronto trajeron esquiroles provenientes de Los Ángeles, pero la mayoría de ellos desertó para unirse al sindicato o fue ahuyentada por la feroz militancia, animada por el hambre, de los huelguistas.

Los patrones, los desmontadores de algodón y la gente de la cámara de comercio recurrieron a una estrategia clásica: se armaron a sí mismos y crearon grupos de vigilancia para imponer un régimen de terror en los condados algodoneros. Estas Farmer's Protective Leagues [Ligas de Protección de Granjeros] reventaron los mítines de los huelguistas, los expulsaron de sus campamentos, quemaron sus tiendas, los apalearon en los piquetes, los arrestaron en los caminos y amenazaron a los comerciantes que ofrecían créditos a los huelguistas, así como a cualquier pequeño granjero que se negara a contratar a los esquiroles. Cuando los huelguistas se quejaron ante las autoridades, los alguaciles locales de inmediato actuaron en sintonía con los vigilantes. "Protegemos a nuestros agricultores aquí en el condado de Kern —dijo un subalguacil—: son nuestra mejor gente [...] hacen que el país vaya adelante [...] Los mexicanos son basura. No tienen un mínimo estándar de vida. Los arreamos como cerdos."¹

A pesar de las palizas, los arrestos y los desalojos, la solidaridad de los huelguistas permaneció inconmovible hasta principios de octubre, cuando los productores agrícolas ya veían venir la pérdida total de las cosechas. El *San Francisco Examiner* informó que todo el valle era un "volcán ardiente" listo para hacer erupción. Con preocupación, funcionarios del

Estado ofrecieron crear una comisión para investigar los hechos, que el sindicato rápidamente aceptó, pero los vigilantes respondieron con asesinatos. En una reunión en Pixley el 10 de octubre, el líder sindical Pat Chambers se dirigía a los huelguistas y sus familias cuando diez camionetas de vigilantes con escopetas irrumpieron abruptamente en la escena. Chambers, un veterano en este tipo de trifulcas, previendo el peligro inminente, dispersó la reunión y conminó a los huelguistas a que se refugiaron en las oficinas centrales del sindicato, un edificio de ladrillo a un lado de la carretera. El historiador Cletus Daniel describió así la masacre:

Cuando el grupo se dirigía hacia el edificio, uno de los productores que lo perseguía disparó su rifle. Cuando uno de los huelguistas se aproximó al productor y empujó el cañón del fusil, otro de los productores, también armado, corrió hacia él y de un golpe lo tiró al suelo; mientras el huelguista yacía tirado, el segundo hombre lo asesinó a tiros. De inmediato, los demás productores abrieron fuego sobre los huelguistas y sus familias, que trataban de huir. En medio de los gritos de quienes permanecían heridos en el suelo, los productores continuaron disparando dentro del vestíbulo del sindicato hasta que se les acabaron las municiones.²

Los vigilantes mataron a dos hombres, uno de ellos el representante local del cónsul mexicano, e hirieron gravemente a otros ocho huelguistas, entre ellos una mujer de 55 años. Un periodista de San Francisco informó de que el salvaje tiroteo destruyó las banderas estadounidenses que colgaban en las oficinas del sindicato. Casi al mismo tiempo, en Arvin, a unos cien kilómetros al sur, otra banda de vigilantes agricultores abrió fuego contra un grupo de manifestantes, matando a uno e hiriendo a varios. Aunque los trabajadores regresaron con ánimo desafiante a los piquetes, los productores amenazaron con expulsar del campamento a las familias de los huelguistas, cerca de Corcoran. Enfrentados a una mayor violencia de alcance incierto, los trabajadores cedieron a regañadientes a las presiones federales y estatales, y aceptaron un aumento de salario en lugar del reconocimiento de su sindicato.

Al año siguiente, mientras la atención pública se encontraba fascinada con la épica huelga general de San Francisco, los productores-vigilantes y los alguaciles locales violaron la Constitución en los campos de cultivo californianos e impusieron lo que los promotores del New Deal y los comunistas denunciarían como “fascismo agrícola”. Uno de los sitios más tenebrosos fue el valle Imperial —el entorno más parecido racial y so-

cialmente a Misisipi—, donde sucesivas huelgas de quienes cosechaban lechuga, chícharo y melón durante 1933 y 1934 fueron reventadas con prácticas de terror, como arrestos masivos, decretos antihuelgas, desalojos, palizas, secuestros, deportaciones e intentos de linchamiento contra los abogados de los huelguistas. Aunque en San Francisco y Los Ángeles los trabajadores urbanos, guiados por los sindicatos pertenecientes al nuevo Congress of Industrial Organizations [Congreso de Organizaciones Industriales] (CIO), estaban venciendo la práctica de las *open shops* —empresas que empleaban a trabajadores no sindicalizados—, los trabajadores agrícolas de California, se llamaran María Morales o Tom Joad, estaban siendo aterrorizados por emisarios fanáticos y pandillas furiosas. Los amargos recuerdos de esos sucesos brutales serían parte de las novelas de John Steinbeck *En dudosa batalla* y *Las uvas de la ira*, así como de la evocadora canción de Woody Guthrie “Vigilante Man”:

¿Oh, por qué el vigilante,
por qué el vigilante
lleva esa escopeta recortada en sus manos?
¿Pretende acabar
con sus hermanas y hermanos?

Pero dicho vigilante no fue sólo esa siniestra figura de la década de la Gran Depresión: como explicaré en esta historia resumida, el vigilante proyectó una sombra duradera sobre California desde la década de 1850 en adelante. De hecho, el “vigilantismo” —la violencia (o amenaza de violencia) de clase, racial y étnica, enmascarada en un llamado pseudopopulista a las autoridades y las leyes más elevadas— ha desempeñado un papel mucho más importante en la historia del estado del que se conoce. Un amplio arco iris de grupos minoritarios, que incluye a pueblos originarios, irlandeses, chinos, punyabíes, japoneses, filipinos, *okies* —oriundos de Oklahoma—, afroamericanos y (de manera persistente en cada generación) mexicanos, así como radicales y sindicalistas de varias denominaciones, fueron víctimas de la represión de los vigilantes. La violencia privada organizada, casi siempre de la mano con las instituciones responsables de que se cumplan las leyes, ha dado forma en California a un sistema racial de castas dentro de la agricultura, derrotó a movimientos radicales de trabajadores como Industrial Workers of the World [Trabajadores Industriales del Mundo] (IWW) y mantuvo el New Deal del presidente Roosevelt fuera de los condados agrícolas del estado. También ha

alentado innumerables leyes reaccionarias y ha reforzado la segregación, tanto la legal como la *de facto*. Por otro lado, el vigilante no es una curiosidad de un pasado lamentable sino un personaje patológico que en la actualidad está experimentando un dramático resurgimiento conforme los anglocalifornianos se aterrorizan por el declive demográfico y por la erosión, según ellos, de sus privilegios raciales.

En la actualidad, los *minutemen* en sus diversas formas, armados y camuflados con ropa de combate, dispuestos a promover confrontaciones en la frontera o, vestidos de civil, a hostigar a los jornaleros frente a las grandes tiendas de herramientas de los suburbios, son la última encarnación de ese viejo personaje. Su infantil forma de pavonearse contrasta, quizá de forma jocosa, con la auténtica amenaza fascista de los Associated Farmers [Granjeros Asociados] y demás grupos de la época de la Gran Depresión, pero sería tonto ignorar su trascendencia. Así como los productores-vigilantes de la década de 1930 lograron militarizar la California rural para enfrentar los movimientos laborales, los *minutemen* contribuyen a radicalizar el debate dentro del Partido Republicano respecto de la migración y la raza, logrando así el completo retroceso nativista contra la propuesta del gobierno de Bush de un nuevo Programa Bracero. Los candidatos en las elecciones republicanas en el sur de California compiten ahora unos contra otros por los favores de los líderes de los *minutemen*. Estos neovigilantes, armados y expertos en el manejo de los medios, al tiempo que amenazan con reforzar las fronteras, contribuyen también a las cada vez más exitosas campañas para transformar las leyes locales en políticas migratorias. Y como dirían los verdaderos dialécticos, lo que comienza como farsa a veces se convierte en algo mucho más desagradable y peligroso.

Parte II

*México, atrapado en la red
del imperio estadounidense*



FIGURA 4. Sixto Méndez Coyazo, de 14 años, proveniente de Chiapas, nunca ha ido a la escuela. Es analfabeto. No conoce Estados Unidos y no sabe a dónde va a ser llevado para trabajar una vez que cruce la frontera en Sasabe. Sixto viaja con su tío Felipe Coyazo, de 32 años, un campesino que no tenía trabajo en Chiapas porque las importaciones de maíz estadounidense subsidiado han hecho que el precio sea tan bajo que los agricultores locales no logran ganarse la vida. Sixto quiere trabajar en Estados Unidos para mantener a sus padres.

Introducción

Los seres humanos han estado siempre en constante movimiento y las migraciones masivas indican grandes hitos en la historia. Los antropólogos que se ocupan de las épocas más remotas creen que *Lucy*, el primer homínido en los registros arqueológicos, murió mientras migraba.¹ Muchas personas abandonan su ambiente familiar sólo cuando la subsistencia y el bienestar están en peligro. En 2004, más o menos una de cada 35 personas era un migrante internacional.² Si todas ellas vivieran en un mismo lugar, constituirían el quinto país más poblado del mundo. La migración moderna está motivada por los mismos deseos de subsistencia, exacerbados por el efecto desestabilizador del capitalismo global, aunque con frecuencia el debate es “nacionalizado” por quienes se oponen a la migración, para separarlo de su contexto fundamental. El capitalismo corporativo, llamado también neoliberalismo por sus detractores, exige que las decisiones políticas de los Estados favorezcan la rentabilidad a expensas de la sostenibilidad social, con los intereses de las empresas y los inversionistas por encima de los intereses de los trabajadores, los indígenas, los pobres del mundo y el medio ambiente.

El capitalismo corporativo también establece una simple estrategia de desarrollo para las naciones pobres, orientada hacia el mercado, conducida por el sector privado y basada en las exportaciones, lo que las abre al capital foráneo y la inversión extranjera.³ Más aún, la aplicación práctica del neoliberalismo ha redefinido, por un lado, el rol del Estado en relación con su pueblo y, por el otro, las exigencias del sistema capitalista global.⁴ Como consecuencia, las naciones ricas pueden ejercer control sobre las naciones en desarrollo, creando así una situación que recuerda al periodo colonial que, de entrada, dividía a las naciones en ricas y pobres. Los procesos de redistribución emprendidos por el gobierno mediante el financiamiento al bienestar social y las inversiones en infraestructura, vivienda, salud, empleo y educación, han sido severamente reducidos o desmantelados. En su lugar, el gobierno invierte en la creación de un entorno favorable a los negocios. Se han desmantelado las regulaciones y las restricciones a los movimientos y a la concentración de capital por parte de las grandes empresas, con lo que se les ha permitido ejercer una influencia casi total sobre todos los aspectos de la vida diaria.⁵

Exportada por las naciones más poderosas del planeta (particularmente Estados Unidos) y reforzada por las políticas de instituciones financieras globales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio (OMC), la política neoliberal ha fusionado a los gobiernos y a la clase capitalista en todo el globo. En las décadas recientes, la reorganización económica interna y radical en numerosos países ha desplazado a millones de trabajadores, principalmente en países en vías de desarrollo, llevándolos a una odisea desesperada en busca de trabajo en cualquier parte y produciendo migraciones masivas desde los países pobres hacia los países ricos. La mayoría de los migrantes escogen su destino con base en la cercanía, la disponibilidad de empleo y la esperanza de obtener algún grado de seguridad social, o en algunos casos con base en alguna relación económica que haga más simple el desplazamiento.⁶ Por ejemplo, se estima que hoy día en todo el mundo 180 millones de personas viven lejos de su país de origen, 40% de las cuales se ha desplazado hacia países más desarrollados, que tienden a tener economías más estables y necesitan de la mano de obra de los migrantes como un medio para reducir los salarios.⁷ Los migrantes son también reclutados para enfrentar la escasez de mano de obra en determinadas industrias, lo que explica que los migrantes en España, Italia y Francia realicen casi siempre los mismos trabajos que los mexicanos realizan en Estados Unidos.

La “migración neoliberal” —en otras palabras, el desplazamiento acompañado de la privación de los derechos de ciudadanía y de la segregación interna en el país anfitrión— se ha implementado a escala internacional con las estipulaciones del “modo 4” del Acuerdo General sobre el Comercio de Servicios (AGCS), dentro de la Organización Mundial del Comercio, que versa sobre la migración de “personas físicas”. Esta estipulación sienta las bases jurídicas para la legalidad de programas de “trabajador invitados” y para el reacomodo de los desplazados como “trabajadores temporales” en un país extranjero. El modo 4 legitima el que se le nieguen los derechos de ciudadanía a los trabajadores temporales y los ata a empleadores específicos. Esto es así dado que el migrante es un “proveedor de servicios” más que un trabajador propiamente dicho y su movimiento a través de las fronteras es “comercio” más que migración. De esta forma, no están protegidos por los estándares mínimos establecidos por la Organización Internacional del Trabajo o por las leyes del país de acogida donde trabajen. El lenguaje del modo 4 del AGCS sólo garantiza a los trabajadores migrantes la protección que ya tengan en su país de origen.

Según Basav Sen, periodista y activista por los derechos de los migrantes, en la práctica el modo 4 del AGCS “es un absurdo”:

por estar en un país extranjero, ellos pierden el acceso físico a los sindicatos, los servicios legales, las organizaciones por los derechos humanos y los juzgados en sus propios países. Incluso en el caso extremadamente improbable de que superaran esas barreras e iniciaran un proceso legal en su país de origen contra su empleador, las jurisdicciones de esos tribunales no procederían en la mayoría de los casos, dado que el abuso habría ocurrido fuera del territorio de su país de origen. [Con las empresas multinacionales] es también muy probable que el patrón radique en un tercer país.⁸

El reacomodo global de personas ocurre sin tener en cuenta dónde se sitúan las fronteras políticas, puesto que la migración de personas —mucho más que la migración de empresas— es resultado de las transacciones económicas globales. Como explica Néstor Rodríguez, “la crisis en la frontera no es la de esos ‘extranjeros ilegales’ que infestan Estados Unidos tras cruzar la frontera con México, sino que es la del crecimiento del capitalismo global que aplasta a los Estados nación en cuanto unidades de desarrollo económico”.⁹ En otras palabras, mientras la migración global es instigada por una creciente economía internacionalizada, la reacción hacia ella es borrar las fronteras nacionales y permitir que resurjan las políticas de exclusión. La extrema derecha culpa a los trabajadores migrantes de los problemas económicos y sociales, estribillo que ha proliferado en un ambiente donde prevalecen la guerra, la pobreza y los conflictos de clase.

En Estados Unidos, el ataque a los migrantes ocurre tras una de las mayores transferencias de riqueza de los pobres hacia los ricos en la historia de esa nación. Según el Center on Budget and Policy Priorities [Centro sobre Prioridades Políticas y Presupuestales], el costo total de los recortes fiscales en el gobierno de Bush habría alcanzado los 3.9 billones de dólares, con una reducción en los ingresos de 297 mil millones de dólares en el 2004 y de la colosal cifra de 600 mil millones de dólares en 2014, que ha beneficiado en primer lugar a los súper ricos.

Las rebajas de impuestos benefician principalmente, por mucho, a las familias de altos ingresos —los menos necesitados de recursos adicionales—, en un momento en que los ingresos están excepcionalmente concentrados en lo más alto de la distribución [...] El 1% de las familias más acaudaladas recibirá

recortes de impuestos que promedian los 35 mil dólares, o sea 54 veces lo que recibirán los que están en la parte media de la distribución [...] Los recortes de impuestos le entregarán más de 30 mil millones de dólares a los 257 mil millonarios de la nación, tan sólo en 2004.¹⁰

Otra forma de esta lucha de clases económica está ocurriendo con la eliminación coordinada del salario mínimo. Según un estudio realizado por el Economic Policy Institute [Instituto sobre Políticas Económicas],

El valor del salario mínimo ajustado a la inflación es 26% menor en 2004 que en 1979. Además, si se compara lo que ganan los trabajadores con salario mínimo con el salario promedio por hora, encontramos que aquéllos no crecieron al ritmo de los demás trabajadores. El salario mínimo equivale a 33% del salario promedio por hora de los trabajadores estadounidenses, el menor nivel alcanzado desde 1949.

El Congreso no ha incrementado el salario mínimo en siete años, el segundo periodo más largo sin intervención del gobierno desde que se implementó el salario mínimo en 1938. Mientras el Congreso no incremente el salario mínimo, éste continuará perdiendo valor.¹¹

Otro revelador estudio del Economic Policy Institute muestra que la recuperación después de la depresión económica de 2001 no ha sido equitativa:

Las ganancias empresariales subieron 62% desde el punto más alto, comparadas con el crecimiento promedio de 13.9% respecto del mismo momento en las últimas ocho recuperaciones que han durado lo mismo que la actual. Es la tasa de crecimiento de las ganancias más rápida en una recuperación desde la segunda Guerra Mundial. La compensación laboral total también ha tenido un comportamiento histórico: creció sólo 2.8%, el menor crecimiento en cualquier recuperación desde la segunda Guerra Mundial, muy por debajo del promedio histórico de 9.9%. El grueso de estas compensaciones se debe al incremento de los pagos no salariales, como las prestaciones en materia salud y las ganancias en los fondos para el retiro. El rápido incremento de los costos de la salud y los requerimientos financieros de las pensiones implican que esos pagos más elevados en las prestaciones no se han traducido en *incrementos en los estándares de vida* para los trabajadores, sino que sólo cubren los altos costos del cuidado de la salud y el financiamiento de las pensiones. El crecimiento en el *sueldo total y los ingresos salariales*, que son la primera fuente de

la paga neta que los trabajadores llevan a sus hogares, en realidad ha sido negativo para los trabajadores del sector privado, de -0.6%, en comparación con 7.2%, que es el incremento promedio en los sueldos privados y los ingresos salariales en este momento de la recuperación.¹²

Los expertos en migración están más que dispuestos a eliminar al Estados Unidos corporativo de su repartición de culpas. Al pasar por alto de manera consciente el papel de las grandes empresas y del gobierno en la disminución del salario de los trabajadores, señalan con dedo flamígero a los migrantes, cuya culpabilidad se convierte en algo de “sentido común”, algo que se repite hasta la saciedad en los medios de comunicación. Los intereses de los ricos de Estados Unidos han sabido mezclarse en el trasfondo de la política nacional, un astuto logro si se tiene en cuenta que son ellos, y no los migrantes, los culpables del declive en las condiciones de trabajo y en los estándares de vida.

Finalmente, el debate nacional sobre migración se llevó a cabo con el telón de fondo de los gastos masivos de la guerra de Irak. Según un estudio realizado en enero de 2006 por el economista Joseph E. Stiglitz, de la Universidad de Columbia, y la profesora de Harvard Linda Bilmes, el costo total de la guerra podría haber alcanzado la marca de los 2 *billones de dólares* si Estados Unidos hubiera permanecido en Irak hasta 2010. A partir de enero de 2006, según un portavoz de los marines, la guerra saldría en unos 4.5 *mil millones de dólares mensuales* tan sólo en “costos de operación” militares (sin mencionar los costos por adquirir nuevas armas y equipo).¹³

Los gastos militares totales en 2005 alcanzaron la enorme cifra de 419 300 millones de dólares, 41% más que en 2001. Al mismo tiempo, el gobierno de Bush reveló una enorme ronda de recortes de gasto en 150 áreas del presupuesto federal en 2005, “eliminando decenas de programas internos políticamente sensibles, entre ellos el financiamiento para la educación, la protección del medio ambiente y el desarrollo empresarial, mientras proponía aumentos significativos para el gasto militar e internacional”.¹⁴ En medio de esta monumental transferencia de riqueza de la clase trabajadora a la maquinaria de guerra de Estados Unidos y sus grandes empresas, los migrantes aparecen en el centro de la atención del Congreso estadounidense, de unos medios de comunicación sumisos y de un regimiento de *apparatchiks* antimigrantes, bien financiados y bien ubicados.

Aunque este libro se enfoca sobre todo en el fenómeno de la migración

en la frontera entre México y Estados Unidos, es necesario tener presente el contexto internacional para apreciar completamente su significado. Los movimientos racistas de extrema derecha, como el de los *minutemen*, tienen sus antecedentes tanto en Estados Unidos como en otros países. Por ejemplo, los países de Europa occidental han atestiguado el auge de movimientos políticos sustancialmente antimigrantes, el cual ha coincidido con los programas de reestructuración económica destinados a reducir el gasto en el sector público. En Francia, el Frente Nacional —hoy Agrupación Nacional—, una organización abiertamente fascista que promueve la oposición a los migrantes como su principal causa, tuvo un alarmante éxito en las elecciones presidenciales de 2002. El crecimiento de la extrema derecha también fue impulsado por el gobierno de Jacques Chirac, dispuesto a culpar de los infortunios sociales a los migrantes.

A finales de 2005, la absurda muerte de dos jóvenes migrantes —electrocutados cuando se escondían detrás de un transformador eléctrico, luego de ser perseguidos por la policía sólo por sus características raciales— dio inicio a protestas masivas en los suburbios de trabajadores norafricanos en las afueras de París. Las protestas se diseminaron entre los abandonados distritos de migrantes hasta alcanzar nueve poblaciones alrededor de la capital, reflejando la creciente insatisfacción de las comunidades primordialmente musulmanas. Un tercio de los estimados 6 millones de descendientes de norafricanos en Francia viven en guetos suburbanos. El desempleo entre los argelinos y los marroquíes, que constituyen los principales grupos de migrantes, ronda 30%, en contraste con la media nacional de 9.6%. Christophe Bertossi, un especialista en migración del Institut Français des Relations Internationales [Instituto Francés de Relaciones Internacionales], señala la verdadera causa del conflicto: “Detrás del velo de igualdad, florece la discriminación, alimentando las viejas divisiones raciales y privando a los migrantes de riqueza y oportunidades.”¹⁵

La respuesta del entonces ministro del Interior, Nicolas Sarkozy, fue tildar de “escoria” a los protestantes, prometiendo “limpiar” los suburbios de esa “gentuza” y lanzar una guerra “sin piedad”. A principios de 2006, introdujo leyes excluyentes que prometían restringir la entrada de migrantes árabes y musulmanes (e introducir un programa para trabajadores temporales) y afirmó: “no queremos más una migración impuesta; queremos una migración selectiva”.¹⁶

También es importante reconocer que la incriminación de los migrantes se da también dentro de los países “exportadores de trabajadores”. Por

ejemplo, para los 500 mil migrantes guatemaltecos en México, el racismo y la violencia a manos de agentes de los diversos cuerpos policíacos corruptos son rasgos comunes de la vida diaria. Según José Luis Soberanes, en su momento presidente de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, “uno de los problemas más tristes en asuntos migratorios es la contradicción de demandar que en el norte se respeten los derechos de los migrantes cuando nosotros no somos capaces de garantizarlos en el sur”.¹⁷

Los intereses comerciales en México, al igual que en Estados Unidos, se aprovechan de los indefensos guatemaltecos para reducir los salarios. Puesto que las leyes mexicanas consideran que la migración indocumentada es un delito (como intentó hacer la ley Sensenbrenner) y parte del sur de México sufre de escasez de mano de obra debido a la migración hacia el norte, los guatemaltecos se suman a la clase trabajadora desposeída a nivel internacional. Su migración, segregación, empobrecimiento y persecución son un “buen negocio”.

El mismo patrón de explotación, violencia y agresiones a los migrantes se da en todos los países. Las campañas orquestadas contra las comunidades de migrantes (particularmente los que son de color) se dan en España contra los marroquíes, en Inglaterra contra los de Europa del Este, en Alemania contra los turcos y en Japón contra los coreanos. En Estados Unidos, un proceso similar ha ocurrido desde el 11 de septiembre de 2001, pues se ha detenido, deportado y perseguido por sus características raciales a árabes y musulmanes, lo que sirve de precedente para los ataques contra los trabajadores migrantes mexicanos. Los ataques contra éstos también están ligados a una larga y horrible historia de victimización basada en su estatus marginal dentro de Estados Unidos.

La segunda y la tercera partes de este libro resaltan la interrelación histórica entre Estados Unidos y México, especialmente el expansionismo estadounidense y los nexos entre los obreros mexicanos y la economía de Estados Unidos. Mi premisa es que los obreros mexicanos son una parte integral e inseparable de la clase obrera estadounidense, a pesar de los muros en la frontera. Los obreros mexicanos, desde principios del siglo XX, han aportado la mano de obra necesaria para las empresas capitalistas estadounidenses, tanto en Estados Unidos (trabajadores subyugados, migrantes o “temporales”) como en México mismo (trabajadores en las maquiladoras y en las grandes multinacionales).

Aunque hay quienes rinden pleitesía al mundo sin fronteras del “libre mercado” (es decir, la hegemonía empresarial y la absoluta libertad de

movimiento del capital y de los ricos), también se quejan de la migración transnacional de los obreros desplazados. El incremento de la migración se ha convertido en una cortina de humo para los políticos que buscan hacer carrera profesional y acrecentar el poder del capital sobre el trabajo, mediante la criminalización de los movimientos transfronterizos. En otras palabras, junto con la “desnacionalización” de la economía global se produce la “renacionalización” de la política para producir una orientación intensiva, dirigida por el Estado, hacia el reforzamiento de las fronteras y hacia las restricciones a la migración.¹⁸ Aunque las redes de transporte global han facilitado el traslado de artículos en todo el mundo de forma rápida, las nuevas restricciones en las fronteras están diseñadas para obstruir, controlar y regular el movimiento de trabajadores.

La tercera parte del libro explica la razón por la que el contorno del sistema capitalista necesita de esos obstáculos para fomentar divisiones en la clase trabajadora. En el contexto del sistema de clases, el poder de los trabajadores para negociar una mayor participación en la riqueza que ellos producen —mediante mejores salarios, bienestar social y derechos democráticos— está en proporción directa a su capacidad para participar en la lucha colectiva: sindicatos, huelgas, protestas sociales y otras formas de resistencia organizada. Mientras menos organizados están los trabajadores (a causa de las fronteras, las restricciones a la participación política y la percepción de las diferencias culturales), más poder tendrá el capital para imponer sus condiciones sobre cada trabajador.

Al ejercer un monopolio sobre aquello que confiere la ciudadanía, la clase capitalista (por medio de sus representantes políticos en el Estado) es capaz de crear niveles de integración/segregación dentro de la clase obrera, para así reforzar el aislamiento político, cultural y físico de sus diversos sectores. Estos capítulos narran la génesis y la evolución de las políticas migratorias como forma de debilitar al movimiento obrero y evitar su cohesión, de institucionalizar la discriminación racial, nacional y política, y de fragmentar la conciencia de la clase trabajadora.

Adicionalmente, mostraré cómo la migración se politiza en épocas de estancamiento o depresión económicas o en periodos de polarización social. A menudo, la percepción de la migración se proyecta a través de la lente de los objetivos de la política exterior, como un medio para obtener apoyo interno de la mayoría trabajadora para los objetivos del Estado fuera del país, que representan los objetivos de los sectores más preponderantes del capital.

Por ejemplo, el capítulo 25 examina las cambiantes facetas del discurs-

so sobre migración desde el 11 de septiembre de 2001 y cómo la frontera entre México y Estados Unidos ha sido manipulada en la conciencia pública como el mayor campo de batalla en la “guerra contra el terrorismo”. Todos los migrantes y todos los que actualmente cruzan la frontera portan el estigma de “terroristas potenciales” y cargan el peso de la persecución racial, el hostigamiento y la violencia. Otros capítulos ilustran cómo la ausencia de una oposición política unificada y la complicidad del Partido Demócrata en el llamamiento a “tomar medidas enérgicas contra la migración” han permitido a la extrema derecha dominar el terreno político y hacer que su agenda extremista se convierta en la dominante.

Los políticos y los movimientos contra los migrantes han exagerado el tema, dándole connotación de “crisis nacional”. Apelan al racismo y a la xenofobia cuando le dan forma al debate nacional y son la fuente principal de muchas teorías dudosas (si bien son casi universalmente aceptadas) sobre las consecuencias negativas de la migración.

Esos grupos buscan obtener seguidores entre los trabajadores nacidos en cada lugar, en especial en tiempos de incertidumbre económica. Mediante un lenguaje populista, se disfrazan de “defensores” de los intereses ciudadanos, promoviendo la idea de que los trabajadores migrantes compiten por los recursos limitados y son fuente de “degeneración” social y política. Los opositores a la migración también intentan impulsar el activismo contra las grandes empresas, pues éstas necesitan a toda costa acceso a la mano de obra barata y desprovista de derechos, así como a las ganancias que ésta genera.

Cuando la animosidad racial se instala en los debates dominantes, como explican los capítulos 27 y 28, las formaciones de extrema derecha son legitimadas y reactivadas, y sus conclusiones acerca de la necesidad de la violencia racial conquistan un público amplio. Cualquiera que sea la escisión entre los intereses de las grandes empresas y la extrema derecha, el debate parte desde un punto de vista común: los trabajadores migrantes no deben tener acceso a los derechos humanos y democráticos básicos de que disfrutaban las personas nacidas en el lugar. Por todo ello, la quinta parte del libro se centra en la necesidad de repensar nuestra visión de la migración en el contexto de una lucha general por la justicia social, que permita crear un movimiento por los derechos de los migrantes que fomente la oposición colectiva a las restricciones fronterizas y migratorias, y que apoye la igualdad fundamental y absoluta de toda la clase trabajadora.